

CONCLUSIÓN

N I EL EMPIRISMO puro, ni el kantismo, son posiciones lógicamente sostenibles. Creemos haberlo establecido suficientemente a través de todo lo que precede. Por otra parte, después de Kant se ha intentado, siempre sin éxito, dar marcha atrás, volver al dogmatismo que su *Crítica* condenó. Schopenhauer, cualquiera sea su talento de escritor, como filósofo no podría ser comparado con Hegel. Debió el éxito póstumo y momentáneo de su obra, menos a su valor metafísico, que a los sentimientos pesimistas que en ella encontraron su expresión más sistemática. El hegelianismo, por el contrario, desatendido, pero no refutado, abandonado a las declamaciones vanas y a las burlas fáciles de espíritus superficiales, conserva para el pensador sus derechos a un serio examen y, por así decirlo, su actualidad.

Creemos haber dado cuenta de los argumentos que se acostumbra dirigir en su contra, y cuyo único fundamento es un burdo malentendido. Hay, sin embargo, una última objeción en apariencia más plausible, aunque, en definitiva, igualmente poco fundada, pero que no queremos dejar pasar en silencio. Según algunos filósofos contemporáneos, todo pensamiento metafísico está encerrado en una alternativa. El primer principio de todas las cosas no puede ser concebido sino de dos maneras: como entendimiento o como voluntad. En Dios, uno de los dos poderes debe primar y limitar al otro. Ya en la Edad Media se planteó la cuestión en este sentido. Santo Tomás resolvió la pregunta en el primer sentido, y Duns Scoto en el segundo. Tomismo y scotismo son todavía hoy, podríamos decir, los dos polos de la especulación. Ahora bien, optar por el entendimiento es optar por el fatalismo, es negar la libertad en Dios y en el hombre, es también condenarse a ignorar la diferencia esencial entre lo real y lo abstracto, y sustituir el movimiento y la vida por

un sistema de conceptos inertes y rígidos. Optar por la voluntad es reintegrar lo real a su dominio propio, es restringir sin duda las pretensiones de la ciencia, pero es, por ello mismo, preservarla de los errores a los que puede conducirla la temeridad especulativa; es, por último, proclamar la libertad divina y hacer inteligible la libertad humana. Descartes, Kant, Schopenhauer, Schelling en su segunda filosofía, toman el partido de la voluntad; Spinoza, Leibniz, Hegel, el del entendimiento.

Tenemos que hacer un pequeño señalamiento. Si a Hegel, como a Spinoza o a Leibniz, se lo acusa de intelectualismo exclusivo, no es su exclusivismo lo que se le reprocha, sino más bien su intelectualismo. Se pretende sustituir ese intelectualismo con un principio no menos exclusivo, pero directamente contrario. Tal pretensión, sin embargo, nos parece por completo inadmisibile. Entendimiento y voluntad son, en el fondo, términos inseparables. Pero si en rigor el entendimiento, como puro lugar o como sistema inmóvil de ideas, puede ser concebido por abstracción sin la voluntad, la afirmación recíproca no es verdadera. Sin entendimiento, la voluntad o el amor (algunos prefieren este término) ya no son sino palabras despojadas de sentido. Si todavía designaran algo, ese algo no sería más que un poder ciego y brutal; sin representación no hay escogencia, y sin escogencia no hay voluntad. Con cualquier nombre que adoremos ese poder despojado de entendimiento, no es otra cosa que la fuerza bruta; fuerza inmaterial, si se quiere, pero de ninguna manera espiritual. Lo que el sistema toma como principio es entonces la fuerza; a ella subordina la verdadera voluntad y el verdadero amor, junto con el entendimiento que los condiciona.

Por otra parte, el reproche que se le hace al hegelianismo sólo muestra que se lo conoce mal. Ya Spinoza y Leibniz se defendían, cada uno por su parte, contra la acusación de aislar el entendimiento de la voluntad. La voluntad en Spinoza es en principio la afirmación de sí, esencial a toda idea; también para Leibniz es la apetencia, inseparable de la representación. Se podría decir, sin embargo, que estos filósofos afirman la unidad indisoluble de ambos términos, sin otra razón que la experiencia o las necesidades del sistema. Hegel, en cambio, responde por adelantado, de manera implícita, a semejante insinuación. Si la **Idea** tiene para él, según su propia fórmula, "pies y manos", si ella es por excelencia un principio activo, una volun-

CONCLUSIÓN

tad, no se lo debe al cumplimiento arbitrario de un principio extraño. Su actividad es su misma esencia, ya que esa esencia envuelve su negación y su paso a su contrario. En su concentración suprema dentro de sí, en tanto que Idea absoluta, es tanto voluntad como razón y, como lo vimos, es la misma Idea práctica, o la pura voluntad del Bien, la que opera de manera inmediata en esta definitiva realización, al recobrar la Idea teórica puesta anteriormente. Se ve entonces lo arbitrario que resulta considerar al hegelianismo como un intelectualismo exclusivo, y condenarlo por ello. La máxima originalidad del sistema consiste precisamente en suprimir las oposiciones del entendimiento y la voluntad, de lo real y lo ideal, de la razón teórica y la razón práctica, es decir, en términos más concretos, del pensamiento y la acción.

Si para refutar a un filósofo no basta con señalarle en sus escritos algunos errores de hecho, y ni siquiera demostrarle que se equivoca en algunas deducciones; si tampoco es suficiente imputarle gratuitamente absurdos manifiestos, entonces Hegel no ha sido refutado. De todas las filosofías hay una cuyos cimientos no han sido socavados todavía por la crítica, y que, entre las ruinas de los sistemas anteriores, se mantiene todavía de pie en su imponente integridad.

¿Quiere esto decir que esa filosofía representa el resultado definitivo de la especulación moderna? ¿que al pensamiento moderno, como al griego después de Aristóteles, no le quedan más caminos que declinar o dispersarse en investigaciones particulares? Los avances del positivismo podrían inducirnos a creerlo; pero esos avances están perdiendo velocidad y parecen próximos a detenerse. La visión cada vez más nítida sobre los límites de la ciencia propiamente dicha reconducirá hacia la filosofía, sin duda, a los espíritus que se preocupan por los grandes problemas. En materias como ésta, sin embargo, resulta imposible la previsión. No se puede prever la aparición del genio. Pero si fue necesario un Leibniz para refutar a Descartes, y un Kant para refutar a Leibniz, una sola cosa es cierta para nosotros: quien haya de refutar a Hegel, sea que aparezca mañana, o que se tarde varios siglos, será él mismo un Hegel. Únicamente absorbiendo en un sistema más vasto los resultados alcanzados por éste, le será permitido superarlos. Hasta entonces el hegelianismo seguirá siendo la más alta expresión del pensamien-

to filosófico, así como la más comprensiva; y, según la feliz expresión de William Wallace²¹, continuará cortando el paso.

¿Quiere decir esto que debemos hacernos hegelianos? Si el término tiene que significar una adhesión irrestricta y total a todas las doctrinas profesadas por Hegel, sería pedir un imposible. La filosofía de Hegel es una verdadera enciclopedia. No es posible que en una obra tan compleja todas las partes tengan igual valor. Fatalmente, algunas deben ser más débiles, más conjeturales o menos profundamente elaboradas. Se trata de una herencia que no podría aceptarse sin beneficio de inventario. Además, ya pasó el tiempo de las escuelas y de las sectas, como las que conoció la Antigüedad. Aun dentro de aquellos ambientes relativamente cerrados, la doctrina del fundador estaba muy lejos de perpetuarse sin alteración. Es verdad que las fórmulas duraban a veces más que las teorías, y se vertía con facilidad el vino nuevo en odres viejas; pero el pensamiento no cesaba de evolucionar. Lo que sucede es que un sistema no es un dogma, y si la creencia literal puede ser admisible en alguna parte, no lo es ciertamente en filosofía. El espíritu no puede adherirse con sinceridad sino a aquello que comprende, y de hecho no acepta una doctrina, cualquiera que sea, sino repensándola por sí mismo y rehaciéndola a su medida. Una doctrina no se transmite sino alterándose, refractándose, por decirlo así, a través de medios en los que está llamada a penetrar. Cada pueblo, cada generación, cada individuo la interpreta a su manera. Por otra parte, el genio mismo no escapa a la ley común. Por más poderoso que sea el pensamiento de un hombre, en cualquier altura desde la cual domine a sus contemporáneos, sigue siendo siempre, bajo ciertos aspectos, un hombre de su tiempo y de su país. Habla su lengua, participa, al menos en algunos puntos, de sus pasiones y sus prejuicios. Cualquiera que sea el fondo impersonal e imperecedero de su obra, lleva en su forma la marca de una personalidad. Le ocurre en ello al filósofo, como al poeta o al artista. Toda obra humana tiene partes caducas, y aferrarse servilmente a la letra, es condenarse a traicionar el espíritu.

La Edad Media tuvo razón en proclamar a Aristóteles príncipe de los filósofos. Lo era en aquella época, en efecto, sin discusión, y debía

21. William Wallace (1844-1897), como profesor de Oxford, contribuyó con sus escritos y traducciones a la difusión del pensamiento idealista en Gran Bretaña.

CONCLUSIÓN

seguirlo siendo hasta Descartes. El error de los escolásticos no estuvo en haberlo tomado por modelo, ni siquiera en haber perdido la esperanza de igualarlo, sino en haberse encerrado sistemáticamente en el círculo de las cuestiones que él había abordado, y en haberse aferrado con exclusividad a sus fórmulas. Ignoraban que los príncipes del pensamiento tienen por misión emancipar los espíritus, y no someterlos. No hay por qué temer que nosotros caigamos en los mismos errores. Nuestra época no está para la admiración sin reservas, ni para el respeto supersticioso. Menos que nunca estamos dispuestos a jurar sobre la palabra de un maestro, cualquiera que éste sea. Entonces, si nos volvemos hegelianos, no puede serlo sino en el sentido amplio del término. Admitiremos la influencia de Hegel, como actualmente admitimos la de Kant. No le pediremos soluciones hechas, respuestas indiscutibles a todas las cuestiones especulativas o prácticas, sino una nueva orientación, una concepción a la vez más amplia y más precisa de la ciencia filosófica, y de los procedimientos de los que ella dispone. Más que nunca pareciera que nos alejamos de Hegel y, en cierta manera, que le damos la espalda. Pero si su filosofía contiene la verdad del criticismo, si es la única de las doctrinas modernas que concilia, así sea de manera provisional, las antinomias del pensamiento kantiano, entonces fatalmente nos veremos conducidos a ella. Aun en el caso de que nuestros prejuicios durante mucho tiempo continuaran volviéndola sospechosa, nuestros propios esfuerzos para liberarnos de la contradicción y de la duda nos acercarán cada vez más a ella, y nos prepararán para comprenderla.

Obtendríamos sin embargo grandes ventajas, si emprendiéramos cuanto antes el estudio cuidadoso del hegelianismo. El primer resultado de ese estudio sería recordar a los filósofos la importancia capital de su ciencia, y su gran dignidad. Aun entre los defensores y los representantes de la filosofía, demasiados hay que se han dejado convencer en parte por los sofismas de sus adversarios. Por el hecho de no ser una ciencia como las otras, se llega a concluir demasiado pronto que no es ciencia; se pasa a no ver en ella sino una síntesis subjetiva, una especie de híbrido entre la novela y el saber positivo. Su tarea no consiste en extender con hipótesis nuestra visión mental más allá de los límites de lo cierto. Claro está que la hipótesis no le está prohibida, como no lo está para las ciencias particulares; pero convertirla en su dominio propio es desconocer

su dignidad y desnaturalizar su concepto. Si la filosofía se opone a la ciencia positiva, lo hace como la comprensión de las cosas frente a su simple conocimiento. No tiene por objeto acrecentar nuestro saber, sino más bien profundizarlo; su función es descubrir la lógica interna de los hechos, su racionalidad originaria o, en una palabra, comprenderlos. Vemos así cómo la filosofía puede coexistir con la ciencia, sin que la excluya, y que si la subordina, lo hace en un sentido puramente ideal. Vemos también que la ciencia positiva no puede como tal condenar la filosofía, como tampoco justificarla.

Parece, en todo caso, que la filosofía presupone a la ciencia, así como la comprensión de un hecho supone su constatación, y podríamos inclinarnos a concluir que, antes de la culminación de la ciencia, toda filosofía es una tentativa prematura. Semejante razonamiento se refuta por su sola generalización. Si las funciones superiores del pensamiento tuvieran que permanecer suspendidas hasta que las demás hubieran culminado sus tareas, como estas tareas son en cierta forma infinitas, las funciones superiores no se ejercitarían nunca. La ciencia no esperó, para nacer, hasta que la experiencia vaga no tuviera nada más qué decirnos. Los naturalistas comenzaron a clasificar las especies antes de haberlas descubierto todas. Los físicos emprendieron sus investigaciones antes de que las matemáticas estuvieran terminadas. La tarea de la ciencia universal y, más en general, la de la civilización, había que emprenderla por todas partes a la vez, aunque en algunos terrenos el trabajo se detuviera a ratos, hasta que el progreso realizado en otros permitiera retomar con provecho esa tarea. Esta empresa gigantesca, que involucra y resume a todas las otras, no podía acometerse sin titubeos y sin equivocaciones. Así, las diversas investigaciones, aunque distintas y en cierto sentido independientes, siguen siendo solidarias, y cada parte del conjunto debe sus progresos a la colaboración de todos.

Sin embargo, para que en una época como la nuestra, preocupada por la precisión científica y el rigor metódico, la filosofía haga algo distinto de vegetar en la oscuridad, es necesario que ella misma conserve ante todo la conciencia de sus derechos y de su elevada misión. No puede, sin degradarse, aceptar el papel subalterno al que algunos quieren reducirla. Debe volverse sin duda cada vez más científica, pero no erigiendo construcciones apresuradas sobre los úl-

CONCLUSIÓN

timos y los más discutibles resultados de las ciencias, ni apropiándose sus métodos, insuficientes para su objeto. Lo que debe solicitar a los resultados de las ciencias particulares, es que le aclaren de manera más completa el significado de los principios que las guían. Por otra parte, debe tomar conciencia cada vez más clara del método que le es propio. Ese método no es precisamente nuevo, y, aunque Hegel le ha dado su más exacta formulación, es el mismo que desde Platón han practicado todos los grandes metafísicos, de manera más o menos consciente. Es el único que puede convenirle a la ciencia absoluta, quiero decir, a una ciencia que no acepta recibir ciegamente sus principios de la experiencia y del sentido común, sino que pretende criticarlos y, en cierto sentido, demostrarlos.

Así, la filosofía proseguirá su tarea de volver cada vez más inteligible el universo. Continuará progresando a la manera que le es propia, es decir, extendiendo y precisando su imagen sistemática del mundo ideal y del mundo real, la misma que han ayudado a completar los pensadores de todas las edades, a pesar de sus aparentes divergencias. Su tarea no estará terminada sino el día en que, habiendo alcanzado en sus deducciones últimas las generalizaciones supremas de las ciencias, las unas encontrarán en las otras su definitiva consagración. Se habrá constituido entonces, de manera definitiva, la unidad del saber humano. La **Ciencia** dejará de ser una palabra o una generalidad vana, para convertirse en la realidad soberana. Que ese ideal, que Hegel vislumbró, no hubiera sido alcanzado por él, lo concedemos sin ninguna reticencia, y él mismo, sin duda, lo hubiera concedido con facilidad. Que sea en sí inaccesible, es lo que no puede admitirse, sin desesperar de la razón. Que su realización exceda para siempre el poder intelectual otorgado a nuestra especie, es lo que no nos está permitido decidir. En todo caso, es ese el objetivo hacia el que deben convergir los esfuerzos de los filósofos y de los científicos.

En resumen, no reivindicamos para Hegel el título de doctor infalible. Aunque, como Aristóteles, tuviera que esperar durante siglos un continuador o un rival digno de él, no tendría por qué concentrar hasta entonces sobre él de manera exclusiva la atención y los esfuerzos de los espíritus filosóficos. Continuaremos estudiando a sus antecesores y sacando provecho de ese estudio. Descartes y Leibniz no han hecho olvidar a Aristóteles ni a Platón, y después de

Kant continuamos leyendo a Leibniz y a Descartes. Por otra parte, no cesaremos de debatir por nuestra cuenta las grandes cuestiones que esos pensadores intentaron resolver. Así pues, en definitiva, cada uno de nosotros no puede pensar sino con su propia razón. Pero creemos que, entre los maestros más eminentes de la inteligencia humana, Hegel tiene un lugar asegurado, y nos parece que el último de los grandes sistemas filosóficos está llamado a ejercer sobre los espíritus una influencia tan profunda y tan duradera como las más célebres doctrinas anteriores.

